

GONZALO PONTÓN

HIJOS DE UN DIOS MEZQUINO

Historia del mundo desde abajo

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

INTRODUCCIÓN

«Si la historia no sirviera para ayudar a resolver los problemas de los hombres y mujeres de mi barrio, no sería más útil que la filatelia», me dijo una vez mi maestro, el historiador Josep Fontana.

Aunque se refería a los problemas actuales de la gente común, Fontana estaba poniendo en cuestión la utilidad de miles de años de historiografía. Porque nunca, hasta el siglo xx, los historiadores tuvieron en cuenta las vidas y vicisitudes del pueblo llano, del *menu peuple*, de las *lower orders*, de «los de abajo». Pese a ser una inmensa mayoría en todas las épocas, su historicidad les fue negada.

El mundo clásico de Mesopotamia produjo narraciones míticas, como el poema de *Gilgamesh*; el indio, las epopeyas del *Mahabharata* y del *Ramayana*; el chino, la epopeya del rey Gesar de Ling; el judío, la *Torá*; en tanto que el griego imaginó la *Ilíada* y la *Odisea*. Todas estas obras se escribieron para dar razón de la creación del mundo, de los dioses y de los héroes, de sus luchas, sus gestas y sus desgracias. Reyes y sacerdotes señalaron a sus escribas, a lo largo de generaciones, qué hechos del pasado debían registrar y cuáles carecían de interés y no debían aparecer en la historia. Así, pues, cuando nació la historiografía occidental, ya existía una guía, una falsilla sobre la que desarrollar una narrativa que se seguiría ocupando de los grandes acontecimientos consagrados por una tradición venerable.

La estrechez del filtro empleado por los creadores de historia nos permite agrupar en solo tres grandes temas historiográficos todo lo escrito durante 2300 años, desde Heródoto (484-425 a. C.) hasta Ranke (1795-1886): los dioses, los grandes hombres y sus hazañas y el gobierno de las naciones.

De los dioses, es decir del irracionalismo teológico, se ocuparon sobre todo altos funcionarios de la Iglesia, por ejemplo, los obispos Gregorio de Tours o Jacques-Bénigne Bossuet, cuya concepción de la historia era teleológica: el establecimiento definitivo del reino de Dios sobre la tierra. Y sus afanes consistieron en encajar imaginativamente en el relato bíblico los hechos históricos que conocían. Naturalmente, los pecadores seres humanos solo aparecían como reos de un dios justiciero.

De las grandes epopeyas antiguas mencionadas más arriba, se heredó el culto a los grandes hombres y sus hazañas, que ya nunca desertaría la imaginación de los historiadores: desde Tucídides, hechizado por Pericles, hasta Lucien Febvre, que escribió sobre Lutero o Rabelais; pasando por Virgilio, paniaguado de Augusto; por el corrupto Salustio, aliado de César; o por el belga Pirenne, historiador de Mahoma y Carlomagno.

Aunque, seguramente, la gran masa historiográfica tiene sobre todo que ver con la forma de organizar y gobernar a las naciones, es decir, la que trata de la formación del Estado y sus atribuciones (desde Jean Bodin a Leopold von Ranke, pasando por Montesquieu); de la guerra (desde Heródoto a Von Clausewitz, pasando por Gibbon o Guizot); de las cualidades del príncipe (Polibio, Maquiavelo, Guicciardini, Voltaire...); de la reivindicación nacional y patriótica (Tito Livio, Tácito, Taine, Macaulay, Mommsen, Treitschke...).

Para todos ellos, las gentes del común carecen de historia propia y solo son comparsas de la Historia con mayúscula, la de los papas, los reyes, los príncipes, los guerreros y los gobernantes, o sea, los únicos que merecen ser protagonistas de la historia política, religiosa, bélica y diplomática.

Lo que produjo una epifanía en la conciencia de los historiadores europeos fue la Revolución francesa, que había cambiado el mundo como ningún otro acontecimiento histórico anterior. Con ella descubrieron el papel histórico de las masas, sobre todo de los campesinos y los *sans-culottes*. No se podía seguir ignorando al pueblo llano porque se había erigido, de repente, en protagonista de la his-

toria. Como es lógico, fueron los propios franceses quienes encabezaron la nueva historia económica y social que era necesaria para poder analizar y comprender los comportamientos de las llamadas «clases subalternas» (las que no han oprimido a nadie desde el poder político o económico). Jean Jaurès era discípulo de Jules Michelet, un historiador de finales del siglo XIX que se había preocupado por las *petites gens* de la Revolución, de las que él mismo formaba parte en su calidad de impresor. Jaurès, que proclamaba en sus obras la eterna aspiración del hombre a la justicia, fue el primer historiador social de la Revolución, al que siguieron Georges Lefebvre, incansable investigador del campo y de los campesinos durante el Antiguo Régimen y la Revolución; Ernest Labrousse, gran maestro de las condiciones de vida de las masas, de los precios y los salarios; y Albert Soboul, estudioso de la Revolución, de los *sans-culottes* y de la época napoleónica.

No fue, sin embargo, una atribución de historicidad de largo recorrido. En 1929, Lucien Febvre y Marc Bloch fundaron la revista *Annales d'histoire économique et sociale*, de la que nació la llamada «Escuela de los *Annales*», que se propuso reconstruir la forma de hacer historia ayudándose de las ciencias sociales y despertando grandes esperanzas, pero que no puso al *menu peuple* en el centro de sus preocupaciones. Tras el asesinato de Bloch, en 1945 por los nazis, la Escuela de los *Annales* (que ahora contaba con el patrocinio de la Fundación Rockefeller) experimentó, desde 1947 más o menos, una deriva hacia una *nouvelle histoire* que, de un modo u otro, propició el retorno a la historia «desde arriba», aunque enmascarándolo con nuevas e imaginativas aportaciones metodológicas, como fue el estudio de las civilizaciones, de las mentalidades o de «lo imaginario» en la historia.

Quienes retomaron —y ampliaron— la línea epistemológica de los Jaurès o los Lefebvre, fueron los llamados «historiadores marxistas británicos», quienes desde la fundación de su revista *Past and Present* en 1952, empezaron a desarrollar su trabajo historiográfico situándose en la óptica de las multitudes (Georges Rudé), de los trabajadores (Eric Hobsbawm), de las luchas sociales (G.E.M. de Ste. Croix) o de las gentes del común en general y de

la clase de los trabajadores en particular (Edward P. Thompson). Hasta los años 90 del siglo pasado, esta nueva historiografía que ponía en su centro de atención las relaciones entre las diversas capas que constituían las masas —y entre estas y las elites— como el mejor vehículo para entender la permanencia o el cambio de las estructuras en el tiempo, disfrutó de un éxito sin paralelo tanto en el discurso académico como en el favor del público general, que ahora podía contar con la dimensión histórica que le ayudaba a entender de dónde venían sus problemas y a plantearse vías de acción.

Sin embargo, desde los años 70 había surgido una corriente filosófica, a la que vacuamente se llamó «posmodernismo», que se fue poniendo de moda con la crisis del capitalismo, que veremos más adelante, y que tuvo como figura emblemática a Jean-François Lyotard, quien en *La condición posmoderna* (1979) decretaba la muerte de la modernidad y negaba que el pensamiento racional —la ciencia, la historia— condujera al progreso de los seres humanos. Una hijuela de la posmodernidad fue el «giro lingüístico», que afirmaba, siguiendo a Saussure y Wittgenstein, que cualquier problema filosófico hundía sus raíces en el lenguaje. A finales de los años 70, Hayden White o Dominick LaCapra, fundadores del grupo norteamericano *Literary Criticism*, se preocuparon de la relación existente entre el lenguaje literario y la historiografía, y dedujeron que la historia no se distingue en realidad de los relatos de ficción, que el trabajo del historiador es solo una «poética histórica». Despreciando tanto el principio de causalidad como los datos empíricos y la documentación científica, estos filólogos sostenían que la historia venía a ser otro relato ficticio en el que lo único que contaba era la interpretación de los hechos que hacía el historiador desde sus capacidades estéticas, es decir, de la calidad de su estilo literario. No parece que se hubieran dado cuenta estos descubridores del agua tibia de que su admonición era viejuna y trivial: que la historiografía se ha expresado siempre a través de un texto narrativo es una verdad de Perogrullo. En la caja de herramientas del historiador —que también ha leído a Wittgenstein y, por lo tanto, sabe cuándo ha de callarse— se guarda la de la verificación cons-

tante del lenguaje que emplea para evitar incurrir tanto en equívocos como en anacronías y para trasladar al lector, a través de una semántica consciente, la mejor percepción que se desprende de los hechos históricos analizados y verificados *científicamente*. Dicho de otro modo, la «poética histórica» no es más que una parte —instrumental— del oficio de historiador.

Más allá de la esterilidad discursiva de los planteamientos posmodernos, la idea misma de la muerte de la historia dejaba en el limbo «los problemas reales de los hombres y las mujeres, que son, o habrían de ser, el objetivo propio de cualquier investigación histórica válida» (Fontana). La irracionalidad y la vacuidad de sus planteamientos llevaron al cohete del posmodernismo a estallar en el aire, desapareciendo en poco tiempo del horizonte del conocimiento. Pero, mientras duró, significó un desafío a la razón como máxima herramienta del pensamiento humano y, desde luego, un duro golpe para la ciencia de la historia.

Un golpe relativamente pequeño, si lo comparamos con el mazazo que supuso la implosión del «socialismo realmente existente» de la Unión Soviética y de sus satélites. El descrédito de un comunismo que, como veremos, nunca existió y la coronación del capitalismo como el fin de la historia (cuyas falacias también veremos) llevó al aborrecimiento del marxismo y a la condena del materialismo histórico como método para analizar y comprender el desarrollo de las sociedades humanas en el tiempo. Se regresó, así, a la historiografía de plastilina que se podía moldear para defender el sistema capitalista o, por lo menos, para desviar la atención de la gente hacia horizontes inocuos. El mundo académico se arrebuchó en una investigación que empezaba y terminaba dentro del claustro, sin conexión alguna con el mundo exterior. Una historiografía endogámica y sin valor de cambio, mientras la divulgación histórica volvía a contar viejas batallas y a biografar grandes nombres del pasado; en tanto que las nuevas modas corporativistas atiboraban las librerías, como sucedió en su tiempo con la literatura ecológica o ahora con los libros de «historia feminista».

Una gran parte de la producción historiográfica destinada al consumo popular es reiterativa y cansina. Cualquier indagación en

los paneles de información de venta de libros (GFK y similares) nos ofrece una letanía de «novedades» viejas que no cesa: Enrique VIII, los Tudor o la reina Isabel II y su familia, en Gran Bretaña; en los Estados Unidos, su guerra de independencia o el protagonismo de los norteamericanos en la Segunda Guerra Mundial; en Alemania, la anomalía nazi; en Francia, a favor o en contra de la Revolución, y en España, la nostalgia del franquismo. Muchos son super-ventas instantáneos.

En cualquier caso, las clases subalternas han desaparecido, de nuevo, como agentes productores de historia. Y eso nos sitúa ante un conflicto epistemológico, porque las clases subalternas constituyen el 95 por ciento de quienes hacen la historia y, por ello, si se las excluye del análisis, o se minimiza su protagonismo, se falsea la realidad y se quiebra la teoría del conocimiento, lo que nos deja inermes, incapacitados para el análisis histórico.

El eje del discurso de la historiografía tradicional, o dopada, va de arriba abajo y su concepción enfoca a las clases privilegiadas casi exclusivamente. No es que estos historiadores se olviden de las clases subalternas, es que no les conceden historicidad y solo las tienen en cuenta en un aspecto tangencial a su narrativa, casi siempre de forma peyorativa o condenatoria. Se escudan, a veces, en que la documentación histórica que manejan no proporciona datos sobre el pueblo llano, pero es una falacia más. Lo que sucede, en realidad, es que la mirada de los historiadores seguidistas está predeterminada por su prejuicio: solo ven lo que les interesa ver. Sin embargo, los registros de nacimiento y bautismo, de matrimonio y fallecimiento, del servicio militar, de salarios y cotizaciones, de bajas médicas, de protocolos notariales, de archivos municipales, de partidos políticos y sindicatos, y tantos otros, bullen de información. Pero hay que querer buscarla: «En la historia desde abajo, el problema no es tanto descubrir buenas fuentes como construir un marco coherente, un sistema de pensamiento» (Casanova).

En tales condiciones, las conclusiones que deduce la historiografía dopada o son estériles o son falsas. Por el contrario, si enfocamos la indagación histórica desde las clases subalternas, es imposible no encontrarnos con «los de arriba», porque constituyen la

otra parte de la estructura social, establecen una relación dialéctica con «los de abajo» y de esa dialéctica surgen los cambios o las permanencias en las sociedades humanas, sin cuyo análisis no podemos producir historia científica. Dicho de otra forma, del mismo modo que se necesitan dos expresiones algebraicas para completar la igualdad de una ecuación, la inclusión del miembro «los de abajo» en la ecuación la completa, mientras que la historiografía desde arriba la deja coja y, por lo tanto, inútil.

Veamos un sencillito ejemplo de lo que quiero decir: la lectura de un panfleto publicado en Nuremberg en el mes de marzo de 1525, titulado «A la asamblea del campesinado común», nos informa sobre las miserables condiciones de vida de los campesinos alemanes y su voluntad de rebelarse contra los señores para establecer comunidades campesinas libres de exacciones feudales. Eso nos lleva inmediatamente a pensar de dónde sale un planteamiento tan radical: procede de Martín Lutero, quien había iluminado a los campesinos con su nueva fe, en la que el hombre solo ha de rendir cuentas ante Dios, sin intermediarios. Pero también nos lleva al elector de Sajonia, que se había convertido al protestantismo y amparado a Lutero contra los papas León X y Clemente VII y el emperador Carlos V, sin lo cual el reformador de la Iglesia no habría podido publicar los pensamientos que habían inflamado a los campesinos.

Tras la declaración de principios del panfleto mencionado, los campesinos alemanes se rebelan contra sus señores y constituyen un ejército de 300 000 hombres armados, que asuelan castillos, iglesias y propiedades. Esto nos lleva de nuevo a Lutero, pero también a Melanchthon y a Zuinglio que, horrorizados los tres ante el levantamiento, piden que se mate a los campesinos como se hace con los perros. Naturalmente, los señores, Antonio de Lorena, el príncipe de Hesse o el duque de Sajonia, ante la bendición de los dirigentes protestantes, se lanzan contra los campesinos y masacran a unos 70 000. Eso les vale a los señores para quedarse con las tierras y las propiedades de los rebeldes, a quienes devuelven a la condición servil durante muchísimos años.

La guerra, sin embargo, deja las finanzas de los príncipes exhaustas, por lo que estos recurren a Carlos V, quien, empeñado en otra

guerra contra Francisco I de Francia, tampoco tiene dinero, de modo que el emperador incrementa la presión fiscal sobre sus súbditos castellanos y pide préstamos a los banqueros Fugger y Welser. En 1528, Carlos V les concede a estos últimos banqueros, como garantía, la explotación de las riquezas de Venezuela durante dieciocho años.

Es decir que, desde el análisis de un panfleto anónimo, escrito por campesinos anónimos, hemos llegado a grandes intelectuales de la época, a banqueros, a príncipes, a reyes, emperadores y papas, por no hablar de la reorganización agraria, de la persistencia del feudalismo en Alemania o de la fiscalidad de castellanos y americanos. Pruebe el lector curioso a cotejar lo que acaba de leer con lo que encuentre en cualquier otro libro de síntesis escrito «desde arriba». Ya le advierto que en la mayoría de ellos no va a encontrar siquiera una referencia a la guerra campesina de Alemania.

En este libro trato de interpretar la historia de los seres humanos precisamente desde la percepción de las clases oprimidas y desde el papel primordial que han jugado en la historia del mundo enfrentándose a las clases dominantes. Del análisis de los hechos históricos, a través de su huella documentada, surge una tesis incontrovertible: la constante de la historia ha sido la desigualdad entre los seres humanos, un extravío evolutivo en el que las clases subalternas siempre han sido derrotadas por las dominantes en su combate por restablecer el equilibrio igualitario. Esa desigualdad es medible por diversos procedimientos, como, por ejemplo, el índice (o cociente) de Gini, que mide la desigualdad desde 0 a 100, representando el cero la igualdad y el cien la desigualdad máxima. Aunque lo utilizo a lo largo del libro, es un instrumento unidimensional que no puede traducir totalmente una realidad que tiene muchas dimensiones. Por eso recorro también en el texto a los datos disponibles sobre renta y patrimonio de las sociedades en el tiempo. Otras veces, he tomado datos del Índice de Desarrollo Humano de la ONU.

El corolario es que la humanidad ha vivido siempre, y sigue viviendo hoy, en un estado asimétrico en el que una minoría de la población mundial se sigue imponiendo, *contra natura*, a la inmensa

mayoría, con la violencia del poder físico, político, económico o intelectual que detenta.

El propósito de este libro es aclarar el porqué de una patología tan persistente en el tiempo y el espacio y alentar la respuesta a una cuestión crucial para el futuro de la humanidad: ¿para cuándo la sanación?

Partiendo de esa perspectiva general, la primera parte de este libro se ocupa de un largo período de «desigualdad originaria», que va desde la revolución agrícola a la industrial. Analiza, en un primer capítulo, el cambio del hombre cazador y recolector al campesino, la apropiación de la tierra, la división sexual del trabajo, el surgimiento de las jerarquías, o la construcción del Estado. El estudio de las sociedades del Oriente Antiguo, de Grecia, de China y de la India pone el foco en la condición de esclavitud de unos hombres, mujeres y niños que determinan en buena parte la vida de unas elites que someten a los esclavos, por la violencia, a un trabajo que ellos no quieren hacer y pueden dedicarse, así, a sus sueños imperiales.

La esclavitud es también la marca tanto de la Roma republicana como de la imperial, la base de su economía y el heraldo de su caída (la primera Gran Recesión de la historia), junto a la propagación de una fe nueva y la presión irresistible de una emigración que el poder romano no podrá contener. Es un mundo de pobres y ricos en el que la desigualdad alcanzará, en el siglo II, su máxima frontera posible. Aparece aquí una de las leyes de hierro de la historia: «Si no hay consumo agrícola, se hundén la artesanía y el comercio, lo que lleva a los pobres a la miseria».

En el mundo medieval, los esclavos, travestidos ahora en siervos —un ganado de rostro humano—, sufrirán más penalidades que los antiguos esclavos, quienes, por lo menos, formaban parte del mobiliario o de la casa y había que alimentarlos y cuidarlos. Pero los ahora libres se tienen que enfrentar en solitario a los señores y eclesiásticos que pretenden seguir usándolos como bestias de carga. Se rebelarán muchas veces en algaradas y *jacqueries*, pero siempre serán derrotados. «La señora que nunca muere» predica las cru-

zadas contra los seguidores de una nueva fe, que será un negocio espectacular para las clases dirigentes de Europa. Aparece entonces otra ley de hierro de la historia: «Mientras haya fuerza de trabajo disponible, no hay que hacer innovaciones».

Con el crecimiento y desarrollo de las ciudades, muchos de aquellos siervos campesinos han abandonado las aldeas para tratar de vivir con mayor libertad en villas y ciudades convirtiéndose en artesanos y peones que, sin embargo, vuelven a encontrar allí el poder de los feudales y de los obispos. Muchos morirán de hambre, otros, a causa de la peste bubónica. Pero volverán a rebelarse en toda Europa. Y volverán a perder. La primera expansión europea a través de los mares tendrá que dar las gracias a China.

Un capítulo entero está dedicado al mundo colonial americano y a la inmensa mortalidad desatada por los conquistadores europeos sobre las poblaciones indígenas a causa de los gérmenes patógenos que llevan consigo y para los que los nativos carecen de inmunidad. Pero también por los asesinatos y por la brutal explotación a que son sometidos los indígenas, obligados a un trabajo agotador que los europeos no quieren hacer. Ante la práctica desaparición de los «indios», será de nuevo la esclavitud, encarnada ahora por negros secuestrados en África —unos 13 millones de seres humanos—, la base de una economía floreciente y del enriquecimiento de las clases dirigentes europeas.

La carne de cañón para las guerras será, sin embargo, blanca, que combatirá en nombre de las disputas religiosas que dividen a príncipes y obispos por culpa de «los dineros de san Pedro». Una durará treinta años. Amparados en estas disputas, los campesinos alemanes se rebelarán contra la escasez y la miseria de sus vidas para proclamar una nueva ley. Casi todos serán exterminados sin piedad. Las brujas y su mundo obnubilan las mentes campesinas de la Europa central, mientras las clases dominantes trabajan en la construcción del Estado fiscal. Inglaterra corta la cabeza de su rey.

Con el amanecer de la industrialización comienza la segunda parte de este libro: «la desigualdad categórica». Surge una nueva clase social, que pondrá en vigor un capitalismo nuevo, industrial, pensado para producir solo para el consumo. Un enorme ejército

de la miseria abandonará definitivamente los campos para ofrecer su fuerza de trabajo en las manufacturas de las ciudades, donde serán explotados hombres, mujeres y niños en una dimensión hasta entonces desconocida. La pobreza de las clases subalternas ilumina con tintes siniestros la cartela del siglo XVIII.

Pero las clases subalternas creerán encontrar la luz al final del túnel en un acontecimiento inesperado: los campesinos y los trabajadores han lanzado la Revolución en Francia. Será solo una ilusión. Las clases dominantes que se han hecho con el poder las traicionarán, las llevarán a la guerra por toda Europa y después las abandonarán. Las luces de la ilusión se encenderán de nuevo en 1830, 1848 o 1871, pero las clases subalternas volverán a ser derrotadas y tendrán que regresar a su condición original. Aparece otra ley de hierro de la historia: «La carne humana es cara y hay que sustituirla por máquinas». Las elites niegan a las clases subalternas su derecho a ilustrarse mientras resuena en toda Europa «el grito del hombre pobre».

El avance triunfal del capitalismo industrial llenará el mundo con el humo de los trenes y de las chimeneas de los paquebotes. Los trabajadores decidirán unirse, por vez primera, en una asociación internacional para defender sus derechos, es decir para enfrentarse a una desigualdad que no deja de crecer. Pero las clases dominantes revolucionarán los cielos lanzándose a la conquista del mundo no europeo, sosteniendo «la carga del hombre blanco». De los enfrentamientos del capitalismo imperial nacerá una guerra grande cuyas víctimas serán, como siempre, las clases subalternas. Algunas, las rusas, estallarán contra la opresión y harán una revolución que, como la francesa, acabará traicionándolas, pero encenderá de nuevo la llama de la esperanza en la conciencia de muchos trabajadores. Como también lo hará otra revolución, esta vez en China.

Una Gran Crisis del sistema capitalista, que causará millones de parados en los Estados Unidos y en Europa conducirá a otra guerra, esta vez mundial, muy industrializada, que volverá a cobrar millones de vidas en casi todo el planeta. Las clases subalternas pretenderán cambiar la sangre que han derramado en los campos de batalla por un mayor protagonismo en la paz y conseguirán,

por un instante, ver reducida la desigualdad y aspirar a una vida mejor. Durará poco, menos de treinta años, porque una nueva Gran Crisis, esta vez energética, dará al traste con aquellos años dorados y las clases subalternas volverán a encontrarse con el paro y la pobreza que parecen constituir su único y verdadero patrimonio. Sin embargo, los estudiantes se han levantado en el mundo entero contra la injusticia social y contra las guerras del imperio.

Superadas las crisis del capitalismo, este regresará a sus raíces, que no son otras que la incansable búsqueda del beneficio a través del consumo, dará un golpe de timón y se enfrentará a cara de perro con las clases subalternas para decirles que no hay más cera que la que arde. La vida de los pobres se hará precaria. Las clases dominantes volverán a desatar guerras, calientes o frías, y retomarán el control de los Estados más débiles del planeta, correrán a su explotación industrial y financiera y se lanzarán a una orgía de dinero especulativo que dará lugar a un mundo económicamente salvaje, políticamente arbitrario y ética y estéticamente aborrecible.

Cardedeu, julio de 2026

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	11
---------------------------	----

PRIMERA PARTE: LA DESIGUALDAD ORIGINARIA

1. CAZADORES Y AGRICULTORES	25
El linaje humano	26
La división sexual del trabajo	31
La tierra y las sociedades humanas	36
Los especialistas	39
Las ciudades	41
La construcción del Estado	46
Los campesinos	51
Una ruptura: el hierro	54
Otra ruptura: la escritura	55
2. GUERREROS, POLÍTICOS Y CONQUISTADORES	59
Los persas	60
Los espartanos	63
Los atenienses	65
Los tebanos	79
Los macedonios	81
Los maurya	84
Los qin	86
3. PATRICIOS Y PLEBEYOS	89
Etruscos, romanos y cartagineses	90

Senadores, caballeros, publicanos y proletarios	98
Una herramienta que habla	100
<i>Optimates y populares</i>	103
La <i>pax romana</i>	109
La gran recesión	117
Los cristianos	121
Los emigrantes ilegales	124
 4. UN MUNDO DE SIERVOS	 127
Un ganado de rostro humano	130
Lo eminente y lo útil	133
Rentas, censos y corveas	137
Aberraciones contra el orden divino	138
Servicio de hueste	140
La señora que nunca muere	142
Una sociedad represora	150
Mercaderes y artesanos	155
 5. SEÑORES Y VASALLOS	 157
Poder señorial, poder banal	159
Un mundo lleno	162
Mayores y menores	168
La muerte negra	173
Los nobles bandidos	176
Los regalos de China	182
 6. BLANCOS, ROJOS, NEGROS	 187
El Caribe: un Mediterráneo americano	187
Mesoamérica	191
El Tawantinsuyu	195
O pau-Brasil	198
Trece colonias	202
Piezas de Indias	209
 7. PRÍNCIPES, OBISPOS Y CARNE DE CAÑÓN	 215
¿Quién come carne?	216

Los dineros de San Pedro	217
<i>Malleus Maleficarum</i>	223
Doce artículos de Suabia	226
La desgracia de las masas y la salvación del reino	228
La escasez y la miseria	235
Una guerra de treinta años	239
Un rey absoluto y una burguesía rampante	243

SEGUNDA PARTE: LA DESIGUALDAD CATEGÓRICA

8. UNA NUEVA ESPECIE	253
La era de las manufacturas	255
El triunfo del modelo británico	265
Las mujeres y los niños	271
La astuta falacia del progreso	274
Las guerras y la fiscalidad	277
Contra el orden natural de las cosas	280
La educación lo puede todo	290
El acaparamiento de oportunidades	298
9. LAS ILUSIONES DE LA REVOLUCIÓN	303
Francia: 1789-1799	303
¡Libertad, igualdad, fraternidad!	311
<i>Laissez-faire, laissez-passer!</i>	318
El mullido negocio del algodón	324
Julio de 1830	328
Los «radicales»	333
1848: la corta primavera de los pueblos	338
10. EL CAPITALISMO TRIUNFANTE	345
La galaxia Stephenson	347
La Asociación Internacional de Trabajadores	353
La Comuna de París	357
La Gran Depresión de 1873	360
La carga del hombre blanco	365

El consumo de las masas	372
Sindicatos y partidos políticos	374
La inteligencia emocional	379
Hacia la Gran Guerra	381
 11. LOS GRANDES MIEDOS	395
Las revoluciones rusas	397
La noche del amanecer rojo	407
Blancos contra rojos	412
La larga marcha de China	417
Las consecuencias de la guerra y de la paz	420
La gran crisis de 1929-1933	428
La Segunda Guerra Mundial	435
Por el bien del imperio	448
La Guerra Fría	452
El socialismo realmente existente	464
 12. LOS AVATARES DEL CAPITALISMO	471
La «economía mixta»	472
El malestar social y la rebelión de los estudiantes	480
El poder del oro negro	494
El turbocapitalismo neoliberal	496
Regreso al mercado	510
El socialismo «a la china»	513
La Rusia de los oligarcas	518
¿El fin de la historia?	521
El capitalismo financista	524
El capitalismo rentista	539
 <i>Epílogo. Contra la desigualdad</i>	555
<i>Bibliografía seleccionada</i>	583
<i>Índice alfabético</i>	603